

añadió despues. Todas son guerreras, y su exposicion sencilla basta á sorprender la imaginacion, que apénas puede concebir quién era este brazo de hierro que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que adondequiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *mio Cid*, *el que en buena hora nascó*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenian, del honor y ventura que en él se imaginaban. Á primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputacion, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colecticios, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los más deliciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquia hasta el mar, y la edad siguiente viera la expulsion total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al Estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

GUZMAN EL BUENO ¹

Reinaba en Castilla Alfonso el Sabio, y era ya el tiempo en que la suerte habia convertido las glorias de sus primeros años en una amarga serie de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania, pues aunque habia arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el Estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre; Don Nuño de Lara, comandante en la provincia, muere en una batalla; el Príncipe heredero, gobernador del reino, fallece en Villareal; y el arzobispo de Toledo don Sancho, que salió con un ejército á encontrar al enemigo, empeña un combate con más ardimiento que prudencia, y es hecho prisionero y despues muerto.

Debió en tal conflicto la monarquia su salud á la actividad y acertadas medidas del infante don Sancho, hijo segundo del Rey, ayudado poderosamente del señor de Vizcaya don López Díaz de Haro, que con toda la nobleza castellana bajó al so-

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zúñiga, *Anales de Sevilla*. Mondéjar, *Memorias de Alfonso el Sabio*. Mariana, *Crónicas de don Alonso, don Sancho su hijo, y don Fernando su nieto*. *Crónica de la casa de Medinasidonia*, por Pedro de Medina. *Ilustraciones á la casa de Niebla*, por Pedro Barrantes Maldonado, obra inédita. *Historia de la dominacion de los árabes en España*, por don José Conde.

corro del mediodía. Con don Lope vino entonces don Alonso Pérez de Guzman, jóven de veinte años, nacido en Leon, de don Pedro de Guzman, adelantado mayor de Andalucía, y de una noble doncella llamada doña Teresa Ruiz de Castro ¹. El señor de Vizcaya atajó el ímpetu de los bárbaros, los derrotó junto á Jaen, y vengó la muerte del Arzobispo. Este fué el primer combate en que se halló Guzman; y no sólo se señaló por sus hechos entre todos, sino que tambien tuvo la fortuna de hacer prisionero al moro Aben Comat, privado de Jucef; lo cual fué gran parte para la conclusion de la guerra, porque vuelto Alfonso de su inútil viaje, y escarmentados los enemigos con aquel descalabro, empezaron á moverse condiciones de concierto; y Guzman, que fué el ministro de esta negociacion, pudo con el influjo de Aben Comat, ántes cautivo suyo y ya su amigo, ajustar treguas por dos años con el rey de Berberia (1276).

En celebridad de este suceso se hizo un torneó en Sevilla delante de la corte, donde, del mismo modo que en la batalla, Guzman se llevó la prez del lucimiento y bizarría. Llegada la noche, el Rey, que no habia presenciado la fiesta, preguntó á sus cortesanos quién se habia distinguido más en ella; á lo que contestaron muchos á un tiempo: « Señor, don Alonso Pérez es el que lo hizo mejor. » — « ¿Cuál Alonso Pérez? » repuso el Rey, porque habia algunos otros del mismo nombre. Entonces don Juan Ramirez de Guzman, hijo del adelantado don Pedro, que se habia criado en palacio, y que despues sucedió á su padre en la casa de Toral, dijo al monarca: « Señor, Alonso Pérez de Guzman, mi hermano de ganancia. » Pareció mal esta razon á todos, y más que á nadie á Guzman, que creyó ver motejada en ella la ilegitimidad de su nacimiento, porque entonces llamaban hijos de ganancia á los que nacia de mujeres no veladas, y su madre no lo habia sido. Viéndose pues sonrojado así delante de los Reyes, de las damas y caballeros presentes, respondió mal enojado: « Decís verdad, soy hermano de ganancia, pero vos sois y seréis de pérdida; y si no fuera por respeto á la presencia de quien nos hallamos, yo os daria á entender el modo con que debéis tratarme. Mas no

1. Barrántes la llama doña Isabel.

tenéis vos la culpa de ello, sino quien os ha criado, que tan mal os enseñó. » El Rey, á quien al parecer iba arrojada esta queja, dijo entonces: « No habla mal vuestro hermano, que así es costumbre de llamar en Castilla á los que no son hijos de mujeres veladas con sus maridos. » — « Tambien es costumbre de los hijosdalgo de Castilla, replicó él, cuando no son bien tratados por sus señores, que vayan á buscar fuera quien bien les haga; yo lo haré así, y juro no volver más hasta que con verdad me puedan llamar de ganancia. Otorgadme pues el plazo que da el fuero á los hijosdalgo de Castilla para poder salir del reino, porque desde hoy me desnaturalizo y me despido de ser vuestro vasallo. » Quiso reducirle el Rey, mas siendo vanos sus esfuerzos, hubo de concederle el plazo que pedia, en el cual Guzman vendió todo cuanto habia heredado de sus padres y adquirido por sí mismo en la guerra, y salió de Castilla acompañado de algunos amigos y criados, en todos treinta que quisieron seguir su fortuna.

En las estrechas relaciones que habia entonces entre las dos naciones que se disputaban el señorío de España, era muy comun ver á los caballeros cristianos irse á servir á los moros, y á los moros venir á los estados de los cristianos. Estaba todavía en Algeciras Aben Jucef, y Guzman se resolvió á seguirle, prometiéndole que le asistiría en todas sus empresas ménos contra el rey de Castilla ó cualquiera otro príncipe cristiano. El monarca berberisco recibió á él y sus compañeros con el mayor agasajo; y dándole el mando de todos los cristianos que estaban á su servicio, se le llevó al África consigo.

La primera expedicion en que lo ocupó fué la de ir á sujetar los árabes tributarios que, debiéndole ya dos años de contribuciones, se resistian á pagarlas ¹. Estos árabes, siguiendo siempre la costumbre de andar divagando, no tenian asiento ni domicilio fijo; no pagaban jamas sino forzados; y entonces, orgullosos con su muchedumbre, llevaron la insolencia hasta amenazar al rey de Fez que le quitarian la corona. Guzman, encargado de reducirlos, propuso á Aben Jucef que comprase

1. La *Crónica del rey don Alonso XI* y Barrántes Maldonado les dan el nombre de *rehalies*; y este último dice que son los mismos que los que entre nosotros se llamaban *alarbes*.

ó hiciese dar libertad á todos los cautivos cristianos que hubiese en la ciudad, los cuales, agregados á sus soldados, bastarian á sujetar á los rebeldes, sin necesidad de llevar muchos moros consigo. Hizolo así el Rey; y Guzman al frente de mil y seiscientos cristianos, y de algunos moros que tambien le siguieron, salió en busca de los rebeldes, á quienes arremetió y con grande estrago ahuyentó hasta sus tiendas. Espantados y escarmentados sus alfaquies, vinieron al campo cristiano, y no sólo ofrecieron las pagas que debian, sino que añadieron muchos dones para sus vencedores á fin de que los dejasen en sosiego. Habia muchos en el ejército de Guzman que opinaban por que no se admitiesen sus ofertas; y ensoberbecidos con su fortuna, querian que se destruyese del todo y aniquilase aquella gente amotinada. Mas el caudillo español, conociendo que la seguridad de los cristianos de África consistia en la necesidad que de ellos tuviese el Rey para tener sujetos á los árabes tributarios, no consintió su destruccion, y aceptó las pagas y dones que le hicieron. Con esto dió la vuelta á Fez, y el Rey hizo generosamente merced de una de las pagas á Guzman, el cual la partió con sus soldados.

Con este servicio, con su prudencia y sus demás virtudes, se hizo un lugar tan distinguido en aquella corte, que Aben Jucef ponía en él toda su estimacion y confianza. El poder y autoridad que allí disfrutaba resonaban en Castilla á tiempo que la monarquía, desgarrada en dos facciones, estaba en el punto de padecer una revolucion lastimosa. En medio de las prendas eminentes que adornaban á Alfonso el Sabio, veíase en sus consejos y determinaciones una irresolucion y una inconstancia muy ajenas del carácter entero y firme que tan respetable habia hecho á su padre. Á los dos grandes errores de su reinado, la alteracion de la moneda y la aceptacion del imperio, añadió al fin de sus dias la intencion de variar la sucesion del reino, solemnemente declarada en Cortes á favor de su hijo Sancho. Es verdad que esta declaracion habia sido hecha en perjuicio de los hijos del príncipe heredero don Fernando de la Cerda, muerto en Villareal al tiempo de la invasion de los moros. Pero Sancho habia defendido el estado; y el vigor y la prudencia que manifestó en aquella ocasion, ganándole las voluntades de los grandes,

de los pueblos, y aun del Rey, fueron recompensados con llamarle á la sucesion, excluyendo de ella á sus sobrinos. Si esto fué una injusticia, ya estaba hecha, y cualquiera innovacion iba á causar una guerra civil, porque Sancho no era hombre de dejarse despojar tranquilamente del objeto de su ambicion, conseguido ya por sus servicios. Estaban anteriormente encontradas las voluntades de hijo y padre con disgustos domésticos, enconados miserablemente por los mismos que debieran concertarlos. Así, cuando el Rey propuso una nueva alteracion en la moneda, y que se desmembrase el reino de Jaen para darle á uno de sus nietos, rompió por todas partes el descontento; y juntos en Valladolid los ricos-hombres con don Sancho, declararon inhábil á administrar y gobernar el reino al legislador de Castilla. Las más de las ciudades, los prelados, los grandes, sus hijos, su esposa, todos le abandonaron, ménos Sevilla, que se mantuvo sola en su obediencia. Los otros príncipes de España aliados y parientes suyos no le acudieron, y el rey de Granada, su enemigo, confederado con su hijo, hacia más espantoso el peligro y más escandalosa la rebelion.

En tan amargo apuro el infeliz monarca, todo entregado á su desesperacion, pensó meterse con todas sus riquezas en una nave que hizo preparar y pintar de negro; y dejando su ingrata patria y su desnaturalizada familia, abandonarse á las ondas y á la fortuna. Mas ántes de poner en obra este desesperado designio, volvió los ojos al África, y se acordó de Guzman, y quiso implorar la autoridad y el poder que disfrutaba en la corte de Fez. Entónces fué cuando le escribió la carta citada por casi todos nuestros historiadores, monumento singular de afliccion y de elocuencia, al mismo tiempo que leccion insigne para los príncipes y los hombres. Su contexto literal es el siguiente:

« Primo don Alonso Pérez de Guzman: La mi cuita es tan » grande, que como cayó de alto lugar, se verá de lueño; é » como cayó en mí, quera amigo de todo el mundo, en todo él » sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio fijo á sin » razon me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios » perlados; los cuales, en lugar de meter paz, no á exceso ni á » encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la

» mia tierra abrigo, nin fallo amparador ni valedor, non me lo
 » mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice. Y pues que
 » en la mia tierra me fallece quien me habia de servir é ayudar,
 » forzoso me es que en la ajena busque quien se duela de
 » mí : pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en
 » mal que yo busque los de Benamarin. Si los míos hijos son
 » mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mis
 » enemigos por hijos ; enemigos en la ley, mas non por ende
 » en la voluntad, que es el buen rey Aben Jucef, que yo le
 » amo é precio mucho, porque él non me despreciará ni fa-
 » llecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé cuánto
 » sodes suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razon, é cuánto
 » por vuestro consejo fará. Non miredes á cosas pasadas; sino
 » á presentes ; catá quien sodes é del linaje donde venides, é
 » que en algun tiempo vos fará bien ; é si lo vos non ficiese,
 » vuestro bien facer vos lo galardonará ; que el que face bien
 » nunca lo pierde. Por tanto, el mio primo Alonso Pérez de
 » Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio,
 » que sobre la mia corona mas averada que yo he, y piedras
 » ricas que ende son, me preste lo que él por bien tuviere ; é
 » si la suya ayuda pudiéredes allegar, no me la estorbedes,
 » como yo cuido que non faredes ; antes tengo que toda la
 » buena amistanza que del vuestro señor á mí viniere será
 » por vuestra mano ; y la de Dios sea con vusco. — Fecha en
 » la mia sola leal ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi
 » reinado y el primero de mis cuitas (1282). — *El Rey.* »

Guzman, olvidando el desabrimiento pasado, expuso á Jucef la triste situacion del monarca castellano, y le presentó la corona que habia de ser prenda del auxilio que se pedia. « Vé, respondió el generoso moro, y lleva á tu señor sesenta mil doblas de oro ¹ para que de pronto se socorra ; consuélale y ofrécele mi ayuda, y vuélvete luego para ir conmigo. La

1. Estas doblas eran probablemente *marroquies*, que, segun la valuacion que en otro tiempo me comunicó mi difunto amigo don Manuel de Lamas, ensayador mayor y sugeto muy práctico en estas materias, equivalian á sesenta reales de vellon de nuestra moneda actual. Las de la banda correspondian al valor de sesenta y uno á sesenta y dos reales, las moriscas al de cincuenta y ocho á cincuenta y nueve.

corona del Rey quiero que quede aquí, no en prendas, sino para memoria continua de su desgracia y mi promesa. » Guzman pasó el estrecho, y vino á Sevilla acompañado de una muchedumbre lucida de amigos y criados, y presentó al Rey desvalido el tesoro que le traia. Así cumplió con gloria suya la terrible palabra que dió al salir del reino, de no volver á él sino cuando pudiesen llamarle verdaderamente de ganancia. Recibido de Alfonso con el honor y agasajo debidos á tal servicio, entre las demas señales de agradecimiento que mereció fué la de unirle con doña Maria Alonso Coronel, doncella noble de Sevilla, y por su hermosura, su riqueza y sus virtudes el mejor partido de toda Andalucia ¹. Tenia entónces Guzman veinte y seis años, y la boda se celebró en Sevilla, haciendo el Rey donacion de Alcalá de los Gazúles á los desposados. De allí á pocos dias dió la vuelta al África, de donde vino después acompañando á Jucef que, seguido de gran tropel de jinetes berberiscos, trajo el socorro prometido.

Viéronse los dos príncipes junto á Zahara en el campamento moro, rindiendo el africano toda clase de obsequio y de respeto al rey de Castilla. Hizo que entrase á caballo en su tienda magníficamente aderezada, y le obligó á colocarse en el asiento principal, diciéndole : « Siéntate tú, que eres rey desde la cuna ; que yo lo soy desde ahora en que Dios me lo hizo ser. » Á lo que respondió Alfonso : « No da Dios nobleza sino á los nobles, ni da honra sino á los honrados, ni da reino sino al que lo merece ; y así Dios te dió reino porque le merecias. » Tras de estas y otras cortesias trataron amistosamente del plan que habian de seguir en sus operaciones. « Dame un adalid, dijo el moro, que me lleve por la tierra que no te obedece, y la destruiré toda, y haré que te rinda la obediencia. Diósele, con efecto, el rey de Castilla, pero encargándole que llevase á los moros por donde ménos mal hacer pudiesen : cuidado paternal, bien digno del que, despidiéndose pública-

1. Era hija de Alonso Hernández Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iniguez de Aguilar : su dote se componia de muchos pueblos y heredades en Castilla, Galicia y Portugal, y tambien en el reino de Sevilla, con joyas y dineros en abundancia. Guzman no efectuó su casamiento sin pedir permiso á Jucef, que se le dió, añadiendo que sentia no hallarse presente para regocijarse en su boda.

mente de los sevillanos al ir á las vistas con Jucef, « amigos, les dijo, vedes á qué so venido, que por fuerza he de ser amigo de mis enemigos, é enemigo de mis amigos : esto sabe Dios que non place á mi ».

Las huestes confederadas llegaron á Córdoba, donde ya estaba el príncipe don Sancho. El moro quiso tentar las vías de negociacion, y envió á don Alonso de Guzman y á un intérprete á exhortarle al deber y á reconciliarse con su padre. Ya eran entrados en la ciudad y admitidos á la presencia del Príncipe, cuando este supo que los moros se habian acercado á las barreras y habian muerto algunos peones. « ¿ Cómo me venis vosotros con tal mensaje, les dijo irritado, cuando los moros están dando muerte á los míos? Idos pronto de aquí ; no estéis un punto más en mi presencia, pues vive Dios que no sé quién me detiene de haceros morir y arrojaros por encima de los adarves. » Ellos salieron dando gracias al cielo por haberles salvado de tanto peligro, y causando admiracion á todos que en el justo motivo de la indignacion de Sancho su cólera parase en amenazas.

Su presencia en Córdoba y su diligencia inutilizaron los esfuerzos de los africanos, los cuales, después de haber talado y destruido las dehesas y pueblos de la Andalucía y la Mancha, se volvieron con su presa, sin haber hecho cosa de momento en favor de su aliado. Sospechas y desconfianzas sembradas entre unos y otros, y creidas por el rey de Castilla, que, como tan ultrajado de los hombres, á todos les tenía miedo, los separaron al fin, yéndose Alfonso á Sevilla, y Jucef á Algeciras, para desde allí volverse á sus estados.

Con él se fué al África Guzman, llevándose su esposa, la cual era tratada en Fez con el respeto que su honestidad merecia. El caudillo español asistió al rey Jucef en todas las

I. Palabras copiadas á la letra de una crónica antigua que cita Mondéjar. El lector hallará en estas Vidas otras muchas sentencias y aun discursos tomados tambien literalmente de los autores consultados; pero es cuando por su contextura y expresion ha parecido que contribuian á pintar mejor el carácter de los personajes á que se atribuyen y las costumbres del tiempo á que se refieren. La misma diferencia de su lenguaje y estilo los hará conocer sin necesidad de advertirlo.

guerras que por aquel tiempo tuvo que mantener con sus vecinos, debiendo en todas ellas á su valor y á su consejo la victoria y ventajas que conseguia. Las expediciones más señaladas fueron las dos que se hicieron sobre Marruécos : en la primera las armas de Jucef ayudaban á Budeluz, un moro principal que se habia alzado contra el miramamolin Almortuda, de quien era pariente muy cercano. Guzman, por cuya direccion se gobernaba el ejército de Fez, presentó y venció en batalla al Miramamolin, á quien dió muerte por su mano peleando con él. Con esto Budeluz fué alzado por rey de Marruécos ; pero á poco tiempo, hallándole Jucef ingrato á sus beneficios, y viendo que no queria cumplir las condiciones estipuladas en su confederacion, envió á Guzman contra él. Vencido y muerto Budeluz en la batalla que se dió junto á Marruécos, este estado vino á parar á la dominacion de Jucef. La misma fortuna siguió á Guzman despues en la expedicion contra Segelmesa, que tuvo tambien que sujetarse al imperio de aquel rey. Al leerse estas proezas segun las cuentan los cronistas de la casa de Medinasidonia, y viéndolas seguidas de la aventura de la sierpe y del leon, parece que su intento ha sido hacer de su héroe un paladin, y de su narracion una leyenda caballescica. Pero aun cuando por ventura haya alguna exageracion en sus *Memorias*, lo que no tiene duda es que la fama de los hechos de Guzman, saliendo de los términos de África y de España, llegaba á Italia á oídos del Papa, que le escribia á él y á sus compañeros en términos y elogios magníficos. Las riquezas adquiridas con tan nobles trabajos fueron tantas, que los dos esposos llegaron á recelar de la codicia de los bárbaros que los perdiesen por ella. La confianza y amor de Jucef hácia Guzman eran siempre los mismos, pero su hijo Aben Jacob y un sobrino que tenía, llamado Amir, envidiaban su privanza y le aborrecian, siendo de temer que, faltando el Rey, el favor y la fortuna que hasta allí habia gozado se convirtiesen en persecucion y desgracia. Acordaron pues separarse, aparentando estar desavenidos y no poderse llevar bien viviendo juntos. El Rey creyó el artificio y favoreció la separacion, de modo que doña Maria Coronel se pudo volver á España con sus hijos y la mayor parte de los tesoros de su marido.

Murió de allí á poco Jucef, sucediéndole en el señorío de Fez y de Marruécos su hijo Aben Jacob. Cuanto el padre habia tenido de generoso, de franco y de leal, tenia el hijo de feroz, vengativo y alevoso. Aborrecia á Guzman y á los cristianos defensores de su imperio; y su rencor, atizado por Amir, no tenia más freno que el temor de que el pueblo se sublevase por la desgracia de Guzman, cuyas virtudes se amaban y respetaban del mismo modo que se admiraban sus hazañas. En esta época es donde los historiadores colocan la batalla con la serpiente monstruosa que tenia aterrada á Fez y á sus contornos; mas las circunstancias increíbles con que se cuenta esta proeza tienen demasiado aire de fábula para adoptarla como cierta, y el valor de Guzman no necesita de semejantes ficciones para recomendarse á la admiracion de los hombres.

Resueltos ya los bárbaros á perderle, tomaron el arbitrio de enviarle con pocos cristianos á cobrar el tributo de los árabes, avisando á estos que le atacasen con la mayor muchedumbre que pudiesen, y ofreciendo perdonarles la contribucion si acababan con él y sus compañeros. Supo él esta alevosía por Aben Comat, aquel moro que fué su cautivo en la batalla de Jaen, y que despues se habia constantemente mostrado amigo-suyo. Estaba ya por aquellos dias pensando en los medios de salir de Marruécos; y pareciéndole aquella ocasion oportuna, aceptó la comision que se le daba, y partió con sus cristianos; mas determinado á oponer artificio á artificio, derramó escuchas por todas las veredas para ver si podia coger al mensajero que llevaba á los árabes el aviso acordado. Consiguiólo; y substituyendo otro en que se les decia que Guzman iba á ellos con gran número de gentes, envió con él á uno de los suyos. Los árabes, que con tanto daño habian experimentado su valor, no quisieron volver á hacer la prueba, y le enviaron con sus alfaquies las pagas atrasadas, y muchos dones para él y sus gentes.

Hecho esto, manifestó á las soldados las pérfidias intenciones de la corte de Fez, y les propuso salir del África y volver á España. Dijoles que ya tenia avisado al general de las galeras de Castilla que le esperase en una cala junto á Tánger; repartió con ellos las riquezas adquiridas en aquella expedi-

cion, y todos á una voz le prometieron seguirle. Revolvió luego hácia el mar, y atravesando por los lugares de la costa, donde echó voz que iba por mandado del Rey para defenderla de las invasiones de los castellanos, se acercó al sitio convenido. Allí le aguardaban las galeras, donde embarcado con sus compañeros, que serian hasta mil, entró por fin en Sevilla con toda la solemnidad y regocijo de un triunfo (1291).

Ya en esta sazón habia muerto Alfonso el Sabio, y reinaba en Castilla su hijo Sancho. Guzman fué á verse con él á poco tiempo de su llegada y á ofrecerle sus servicios. Admitiólos el Príncipe, diciéndole cortesmente « que mejor empleado estaria un tan gran caballero como él sirviendo á sus reyes que no á los africanos ». Informóse largamente de las cosas de aquel país, del poder de sus jefes y de la manera más ventajosa de hacerles guerra. Habia en aquellos dias ganado nuestra escuadra una victoria de los berberiscos, tomándoles trece galeras; y á Sancho pareció ocasion oportuna de embestir á Tarifa, plaza importante, situada en la costa, y una de las puertas por donde los africanos entraban fácilmente en España. No habia dinero para la empresa; Guzman lo aprontó, y junto el ejército, atacó á Tarifa por mar y por tierra. Duró el sitio seis meses, siendo siempre Guzman el voto más atendido en los consejos y el brazo más fuerte en los ataques. Los moros se resistieron con el mayor brio; pero al cabo la plaza fué entrada por fuerza y sus moradores hechos esclavos, y aunque hubo pareceres de que se dismantelase, creyendo imposible mantenerla, por su situacion, el maestre de Calatrava se ofreció á defenderla por un año, esperando que á ejemplo suyo algun otro caballero se encargaria despues de ella, como efectivamente sucedió.

En aquel tiempo Guzman, pagando el tributo á la flaqueza humana, se dejó vencer del amor. Su edad no llegaba á los cuarenta años; su esposa, doña María Coronel, por indisposiciones que han llegado á nosotros mal disimuladas en el incidente del tizon, se habia hecho inhábil para el uso del matrimonio, y el clima de Sevilla, donde Guzman de ordinario residia, es á maravilla ocasionado á la galanteria y los amores. Tuvo pues de una doncella noble de aquella ciudad, con quien trataba, una hija natural, á quien se llamó Teresa Alfonso de

Guzman. Los festejos y profusiones á que con este motivo se abandonó su corazon franco y generoso fueron tales, que llamando la atencion de doña Maria, la hicieron rastrear el secreto, y conocer que si poseia toda la estimacion, respeto y confianza de su esposo, no así su corazon ni su gusto. Disimuló, sin embargo, su desabrimiento, y tomó el partido que convenia á una matrona tan prudente y virtuosa como ella. Hizo en primer lugar traer cerca de sí á la niña, y la crió y educó como si fuera propia suya, y andando el tiempo la casó con un caballero sevillano, y la dejó heredada en su testamento. Demas de esto, sin quejarse ni acriminar á su marido, le empezó á insinuar suavemente que seria mejor se fuesen á vivir á algunos de sus lugares ó castillos, á la manera que lo hacian los señores en Francia, pues de este modo ó harian bien á sus vasallos viviendo con ellos, ó desde algun castillo fronterizo harian daño en los moros y servirian al Estado: que la residencia en Sevilla era expuesta á gastos, para los cuales sus rentas no eran bastantes, y que al cabo tendrian que vender las posesiones y heredades que con tanto trabajo habian adquirido para establecer sus hijos; y solia añadir que las ciudades no se habian hecho para vivir en ellas los caballeros, sino los mercaderes, oficiales y tratantes. Dejose persuadir don Alonso, como quien tanto la estimaba y conocia á qué fin se dirigian aquellos consejos; y resuelto á dejar á Sevilla, tomó una resolucion verdaderamente digna de su reputacion y valor. Cumplíase á la sazón el término que el maestre de Calatrava habia señalado á su tenencia de Tarifa; y como ningun otro caballero se ofreciese á sucederle, Guzman tomó sobre sí aquel servicio, y dijo al Rey que él la defenderia por la mitad del costo que hasta allí habia tenido. Llevó allá su familia, reparó los muros, pertrechóla de todo lo necesario, y encerróse en ella, sin prever que el sacrificio de sus bienes y su persona no era nada en comparacion del grande y terrible holocausto que habia de hacer muy pronto al pundonor y á la patria.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse al infante don Juan, uno de los hermanos del Rey. Inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y

despues á su hermano por su padre. En el reinado de Sancho fué siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle el favor. Á cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido no reparando jamas en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el Rey su hermano de darle libertad de la prision á que le condenó en Alfaro cuando la muerte del señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á don Sancho. De allí se embarcó, y ofreció sus servicios al rey de Marruécoc. Aben Jacob, que pensaba entónces hacer guerra al rey de Castilla, le recibió con todo honor y cortesía, y le envió, en compañía de su primo Amir, al frente de cinco mil jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignacion. Atacáronla despues con todos los artificios bélicos que el arte y la animosidad les sugirieron, mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias y manifestando á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que, pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro descercarian la villa. « Los buenos caballeros, respondió Guzman, ni compran ni venden la victoria. » Furiosos los moros, se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo Infante acude á otro medio más poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, se le llevó al África, y le trajo á España consigo; y entónces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le

presentó al padre, intimándole que si no rendía la plaza le matarían á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya en los tiempos de su padre para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcadesa del alcázar, y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues, con la humanidad y la justicia, violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver al hijo, al oír sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. « No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi tierra; ántes engendré hijo á mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si don Juan le diese muerte, á mi dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en el mundo y condenacion eterna despues de muerto. Y para que vean cuán léjos estoy de rendir la plaza y faltar á mi deber, allá vá mi cuchillo si acaso les falta arma para completar su atrocidad. » Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, lo arrojó al campo, y se retiró al castillo (1294).

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho para que no saliese al rostro. Entre tanto el infante, desesperado y rabioso, hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de donde nacia, volvió á la mesa diciendo : « Cuidé que los enemigos entraban en Tarifa. » De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venía de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco, que habia durado seis meses, y se volvieron á África sin más fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó toda España, y llegó á los oídos del Rey, enfermo á la sazón en Alcalá de Henáres. Desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa.

Compárale en ella á Abrahan, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir él á buscarle en persona, por su dolencia. Don Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos, senalábanle con el dedo por las calles, hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos viendo á aquel varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del Rey, y Sancho al recibirle dijo á los donceles y caballeros que estaban presentes : « Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca tenéis el dechado. » Á estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; entónces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete.

Tuvo pues en la estimacion pública y en la veneracion de aquel siglo toda la recompensa que cabe en los hombres la accion heroica de Guzman. Estaba reservado para nuestro tiempo, tan pobre de virtudes civiles, disminuir esta hazaña, achacándola más á ferocidad que á patriotismo. Injustos y mezquinos, medimos las almas grandes por la estrechez y vileza de las nuestras; y no hallando en nosotros el móvil de las acciones sublimes, queremos ajarlas mas bien con una calumnia, que admirarlas y agradecerlas. ¿ Y á quién vamos á tachar de ferocidad? Á quien no presenta en toda la serie de su vida un rasgo solo que tenga conexion con semejante vicio; al que en las grandes plagas de hambre y peste que afligieron la Andalucía en su tiempo, tuvo siempre abiertos sus tesoros y sus consuelos á la indigencia y al infortunio : al que mereció, en fin, de la gratitud de los pueblos el renombre de *Bueno* por su índole bondadosa y compasiva, ántes que la autoridad viniese á sancionársele por su heroísmo.

El rey don Sancho falleció en Toledo, aquejado de la enfermedad que contrajo por sus fatigas personales en el sitio de Tarifa. Príncipe ilustre sin duda por su actividad, su prudencia,

su entereza y su valor, su memoria sería más respetable si no la hubiera amancillado con su inobediencia y alzamiento, y con el rigor excesivo y cruel que á veces usó para escarmentar á los que eran infieles á su partido : triste y necesaria condicion de los usurpadores, tener que cometer á cada paso nuevos delitos para sostener el primero. Fuera de esto, es innegable que poseia cualidades eminentes. Su mismo padre, aunque injuriado y desposeido por él, le hacia esta justicia; y cuando le dieron la falsa nueva de que habia muerto en Salamanca, el lastimado viejo lloraba sin consuelo, y exclamaba « que era muerto el mejor home de su linaje ». De diez y ocho años salvó el Estado de la invasion de los sarracenos; y declarado heredero, supo mantener y asegurar su derecho incierto al trono contra su mismo padre, que le queria despojar de él, contra las voluntades enemigas de muchos pueblos y grandes, contra la oposicion de casi todos los reyes comarcanos. Pero estas circunstancias, que constituian la gloria y mérito de su vida, se reunieron á atormentarle al tiempo de morir. La mano que habia sabido contrarestarlas iba á faltar, y su hijo en la infancia se veria expuesto sin defensa alguna á la borrasca que iba á arreciarse con más ímpetu que al principio. Conociendo los grandes talentos de su esposa, la célebre reina doña María, la nombró por gobernadora, y ántes de espirar dijo á Guzman estas palabras : « Partid vos á Andalucia, y defendedla, y maptenedla por mi hijo; que yo fio que lo haréis, bueno que sois, y yo os lo he llamado. »

Muerto el Rey, todas los partidos levantaron la cabeza. Los Cerdas, apoyados por Francia y Aragon, querian apoderarse de la corona : el infante don Juan, desmembrarla, haciéndose rey de Andalucia; el de Portugal, dilatar su frontera; los grandes y pueblos desfavorecidos ó castigados por Sancho, vengarse y satisfacerse en la menor edad de su hijo; otros personajes, tener parte en el gobierno para mantener su ambicion y su codicia; todos procediendo con una villanía, un descaro y una sed hidrópica de estados y dinero, que dificilmente se encontrarían ejemplares de escándalos iguales en las clases más necesitadas ó en las profesiones más viles. Á estos males se añadió otro mayor, creyendo que fuese un remedio de los demas. Era venido por aquellos dias de Italia el hijo don Enri-

que, hermano de Alfonso el Sabio; y habiase acordado en córtes del reino darle parte en el gobierno, para que su autoridad fuese un freno que contuviese á los otros. Pero este infante era tan malo ó peor que su sobrino don Juan : su genio inquieto y sedicioso le habia llevado desde Castilla á Aragon, desde Aragon á Túnez, y desde Túnez á Italia sin que en parte ninguna se le pudiese tolerar. Ejerció el empleo de senador de Roma, dignidad á que entónces estaba afecta casi toda la autoridad civil de aquella metrópoli del mundo; y haciéndose gibelino, asistió á los príncipes alemanes en su expedicion contra Carlos de Anjou. Hecho prisionero despues de la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Conradino, estuvo privado muchos años de su libertad, hasta que, al fin, unos dicen que huido, otros que á ruegos, pudo volverse á su patria. Los años le habian privado del esfuerzopersonal, única cualidad brillante que tenia, y las desgracias no habian corregido los vicios de su carácter. Ansiando administrar solo la tutela á cuya parte habia sido admitido, incapaz de órden ni de sosiego, y abusando torpemente de la confianza que habian hecho de él, trataba á un tiempo con el rey de Portugal, con el de Granada y con los grandes sediciosos, engañando á unos y á otros, y destrozando el Estado con sus maquinaciones insidiosas. Su venida á España fué un agüero infausto, su autoridad una calamidad pública, y su muerte una alegría universal.

Contra este raudal de males la Reina oponia en las ocasiones pequeñas las artes de su sexo, el disimulo y a condescendencia; y en las grandes una entereza y una superioridad de espíritu, que á nada se doblaba ni vencia. Guzman entre tanto considerado como el principal personaje de Andalucia, defendió aquellos reinos de las invasiones de Portugal y Granada, y aseguró su quietud con la prudencia de su gobierno. En una de las salidas que tuvo que hacer de Sevilla para contener á los portugueses, estuvo la ciudad á punto de perderse; porque, de resultas de una diferencia entre los naturales y los genoveses sobre asuntos mercantiles, se alteró el pueblo, dió muerte á algunos de aquella nacion, y saqueó y quemó sus casas. El hecho era injusto y lastimoso, y exponia la ciudad á todo el resentimiento de la república genovesa, floreciente entónces por sus riquezas, su comercio y sus fuerzas maríti-

mas. En esta crisis volvió Guzman de su expedicion, y propuso á los sevillanos satisfacer á los genoveses los daños que habian sufrido, imponiéndose todos una contribucion para este fin. Aprobado el acuerdo por los hombres buenos de Sevilla, se hizo el convenio con los genoveses, y los males que amagaban por esta parte se desvanecieron.

No era tan fácil desviar los que amenazaban por la de los moros. Si para ello hubiera bastado vencerlos, la ventaja que es llevó Guzman con su hueste sevillana en todos los reencuentros pudiera escañarlos; pero confiados en las tramas que urdía con ellos el artificioso Enrique, no se segaban jamas, y esperaban hacerse dueños de Tarifa, ya con las armas, ya con la negociacion. Ofrecian por aquella plaza veinte y dos castillos y pagar todas las pías atrasadas: el Infante venía en ello; pero Guzman tenia á mengua cederles una de las puertas de España, ganada anteriormente con tanta gloria, y defendida tan á costa suya. La Reina conocia las malas artes de Enrique, y no se atrevia á hacerle frente; Guzman, al contrario, se opuso abiertamente á ellas, y le hizo jurar solemnemente en Sevilla que no daría ni sería en consejo de dar á Tarifa á los moros. No contento con esto, y viéndose sin fuerzas para resistir si los bárbaros, ayudados del Infante, se ponian sobre la plaza, escribió al rey de Aragon pidiéndole dinero para pertrecharla, y ofreciéndole que la mantendría á su nombre hasta que el rey de Castilla, llegado á mayor edad, pudiese satisfacerle. Recordábale al mismo tiempo la honra que ganaría en amparar á un príncipe huérfano y desvalido contra las injurias de los extraños y contra los engaños y falsedad de sus parientes mismos. El aragones alabó mucho su lealtad y su celo, y no envió socorro alguno; mas en medio de todas las contrariedades, el esfuerzo y la industria de Guzman fueron más poderosos que ellas, y Tarifa se mantuvo por el Rey.

No toca á nuestro propósito referir todas las inquietudes y agitaciones de aquella minoridad borrascosa. Los príncipes de la casa real, la mayor parte de los grandes, á manera de bandidos, siempre con las armas en la mano y siempre destruyendo y guerreando, desgarraban el Estado con su ambicion insolente y descarada codicia. La Reina acudia con su

prudencia á todas partes: contemporizaba con los unos, ganaba á los otros, cedía á estos lo que no podia defender, y con las fuerzas que así se procuraba resistía el embate de los demas. Consumiéronse en estas agitaciones una gran parte de los labradores; y los campos de Castilla, huérfanos de los brazos que los cultivaban, dejaron de producir. Una hambre espantosa como nunca se habia conocido vino á colmar aquellas desventuras. Faltos de los granos alimenticios, recurrieron los hombres á la grama, sin que este pasto miserable les impidiese caer muertos de hambre por las plazas y por las calles. Así castigaba la naturaleza la ferocidad de estos bárbaros, y les enseñaba que los brazos se les habian dado para otra cosa que para matar y destruir.

Entre tanto crecía el Rey, y á medida de su edad iba aumentando el respeto y serenándose la tormenta. Luego que tomó en su mano las riendas del gobierno, hizo la guerra á los moros, y se puso sobre Algeciras. Cercóla por mar y tierra, y mientras duraba el sitio envió á Guzman con el arzobispo de Sevilla y don Juan Núñez á atacar á Gibraltar. Llegado allí, y viendo la obstinacion del enemigo, hizo levantar una torre que dominaba sobre la muralla, y los moros, aquejados del estrago que desde ella les hacia, se rindieron por fin, entrando los cristianos en esta plaza por la primera vez desde que los sarracenos la tomaron quinientos años ántes. Este fué el último servicio que Guzman hizo á su patria: de allí á poco, enviado por el Rey á contener las correrías de los moros convecinos, que inquietaban el campo de Algeciras, se entró por las serranías de Gausin, y en un encuentro que tuvo con los bárbaros, ya los habia ahuyentado, cuando adelantándose imprudentemente cayó mortalmente herido con las flechas que de lejos le dispararon. Su cadáver, llevado primeramente á los reales del rey de Castilla, fué despues conducido á Sevilla por el Guadalquivir. Aquella ciudad, gobernada por sus consejos y defendida por sus armas, le salió á recibir con la pompa más lúgubre y majestuosa. Todos á una voz y llorando le aclamaban su mejor ornamento, su amparador, su padre. Sucedió esta desgracia en 1309, cuando él tenia cincuenta y dos años de edad; y sus huesos fueron depositados en el monasterio de San Isidoro del Campo, fundado y dotado por

él para que sirviese de enterramiento á sí y á su familia.

Tal fué en vida don Alonso Pérez de Guzman el Bueno, primer señor de San Lúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medinasidonia. En un siglo en que la naturaleza degenerada no presenta en Castilla más que barbarie, rapacidad y perfidia, él supo hacerse una gran fortuna á fuerza de hazañas y de servicios, sin desviarse jamas de la senda de la justicia. El espectáculo de sus virtudes, en medio de las costumbres de aquella época tan desastrada, suspende y consueta al espíritu, del mismo modo que la vista de un templo bello y majestuoso que se mantiene en pié cercado de escombros y de ruinas. Su memoria excita entre nosotros un respeto igual al que inspiran los personajes más señalados de la antigüedad: un Scipion por ejemplo, ó un Epaminondas; y su nombre, llevando consigo el sello del más acendrado patriotismo, no es pronunciado jamas sino con una especie de veneracion religiosa.

ROGER DE LAURIA ¹

Cuando el infeliz Conradino, último resto de la casa de Suevia, oyó la sentencia de muerte á que le condenó su inhumano vencedor Carlos de Anjou, despues de reclamar contra la iniquidad de aquel juicio, dicese que, sacándose un anillo que traia al dedo, le arrojó en medio del concurso que asistia al funesto espectáculo, dando con él la investidura de sus estados al príncipe que le vengase. No faltó allí quien recogiese esta prenda de discordia, y trayéndola al rey de Aragon Pedro III, le hiciese entender con ella las voces del príncipe moribundo, y le recordase el derecho que tenia á los reinos de Nápoles y de Sicilia, usurpados por los franceses. Estaba Pedro casado con Constanza, hija de Manfredo, tio natural de Conradino, que, señor de aquellos estados, habia sido antes vencido y muerto por Carlos en los campos de Benevento; y esta alianza daba más peso á las pretensiones del monarca aragones, que entonces se hallaba en el vigor de la edad, lleno de valor y codicioso de gloria y poderio.

1. AUTORES CONSULTADOS. — Zurita. Mariana. Herrera. Giannone. Nicolao Specialis y Bartolomé de Neocastro en Muratori. Muntaner. Deselot. Felieu. Capmany. Varios documentos inéditos de aquel tiempo comunicados al autor.

Es grande la variedad con que se escribe este nombre, producida acaso por el diferente valor que se da al primer diptongo. Los italianos le llaman *Loria* unos, y otros *l'Oria*; los catalanes *Luria*, y en su testamento también está escrito así; los franceses y los castellanos *Lauria*.